



CAPÍTULO XI

RIVALIDAD ENTRE PAOLI Y NAPOLEÓN

A fines de 1790 dominaba en Córcega el desorden más espantoso. Los historiadores de la época, por ejemplo Nasica, relatan los desafueros que diariamente se cometían, perpetrándose nada menos que ciento treinta asesinatos en año y medio, ocasionados los más por contiendas electorales. No había medios de comunicación ni respeto á la propiedad y se dilapidaba impunemente la hacienda pública. Los tribunales absolvían á reos convictos y el bandolerismo tomaba tan aterrador incremento que ya no podía tolerarse.

Las quejas llegaron á la Asamblea Constituyente, que acordó enviar á la isla dos comisarios investigadores: Monestier y el abate André. Amigo éste de Paoli, no tenía muchas ganas de enterar á la Asamblea del estado administrativo de Córcega, cuya responsabilidad cabía al ilustre patricio. Así no hizo más que seguir los pasos de Monestier, sin ayudarle gran cosa en deshacer las dificultades con que

tropezaba su comisión. Quiso Monestier publicar una circular expositiva de las omnímodas facultades de que le había investido la Asamblea, á fin de que llegase á conocimiento de todos los corsos, y las dos imprentas de Corte se negaron á imprimirla so especiosos pretextos. Por fin cedió una de ellas á las amenazas del comisario, pero llegado el caso de exigir responsabilidades, alegaron todos los municipios no haber recibido la circular. Así, el informe dado por Monestier fué de extrema dureza para la administración de la isla y más aún para el Consejo directivo.

Paoli, presidente efectivo de este Consejo y gobernador militar de Córcega, se mostró siempre extraño á las dilapidaciones y desórdenes denunciados, pues sólo había aceptado honores de la República para salvaguardia de su persona, sin intervenir activamente en la administración de la isla, cuya responsabilidad repudiaba. Los historiadores no concuerdan en si Paoli veía con secreta complacencia los disturbios de su país, ó si, como sincero republicano y francés, los deploraba sin poderlos remediar.

Saliceti y sus partidarios, que ya estaban cansados del yugo de Paoli, empezaron á combatirle solapadamente en las elecciones de 1792, si bien no se atrevían á romper las hostilidades. Como era de esperar, fué Paoli elegido presidente de la asamblea electoral, pero su estado de salud no le permitió tomar parte en las elecciones y le substituyó el vicepresidente Saliceti. Quería Paoli que éste con Cesari, Masseria, Andrei, Bozio y Pannattieri resultaran electos; pero Saliceti se aprovechó de la enfermedad de Paoli para suplantarle en la influencia del cargo sobre los electores, que ignoraban los designios de Paoli. Así fué que resultó elegido Saliceti en primer lugar, siguiéndole sus particulares amigos Lucio de Casabianca, oficial de marina, Chiappe y Moltedo. Algo le costó el triunfo, pues Chiappe sólo tuvo diez y siete votos de mayoría y los otros dos necesitaron tercer escrutinio. A Paoli le quedaron dos diputados amigos, de los seis electos, lo cual le exasperó contra Saliceti hasta el punto de tomar el desquite tiempo después en las elecciones del Consejo general, en las que triunfó íntegra la candidatura paolista y en consecuencia cesó José Bonaparte en el cargo de consejero.

A la par que Paoli se distanciaba de los Bonaparte y de Saliceti,

propendía á intimar con Pozzo di Borgo, en quien depositó su confianza entera. Era Pozzo di Borgo muy instruido, pues tenía título de abogado por la Universidad de Pisa y sobrepujaba á muchos en habilidad y distinción. Fuése afirmando su amistad con Paoli, quien le consultaba en todos los asuntos del departamento, y es verosímil que, recordando la derrota infligida pocos meses antes á su sobrino por Bonaparte en la elección de jefes milicianos, lograrse indisponerle con Paoli. Llegó por entonces á Córcega el famoso Volney, autor de *Las ruinas de Palmira*, con esperanza de intervenir en la vida política y aun de ocupar la presidencia del Consejo general del departamento. Frustrada su esperanza se enemistó con los vencedores, y particularmente con Paoli, formándose, en consecuencia, el partido antipaolista por Saliceti, Bonaparte, Volney y Bartolomé Arena, quienes debían acosar á Paoli hasta el punto de que la Convención le juzgase.

Paoli miraba con visible simpatía á Napoleón, pero mientras éste se iba aproximando más y más al partido francés, aquél se iba alejando, pues el continuo balanceo de la guillotina, y, sobre todo, la ejecución de Luis XVI, habían impresionado dolorosamente su ánimo y concitádolo contra la influencia francesa. Napoleón permanecía adicto á la causa nacional, aunque reprobaba secretamente los excesos revolucionarios, y con más ardor que nunca proclamaba la necesidad de la unión á Francia, ayudándole en esta propaganda su amigo Saliceti, quien en la Convención había votado la muerte del rey.

A Paoli, que ya empezaba á simpatizar con Inglaterra en sus conversaciones íntimas, le disgustó sobremanera la conducta de Napoleón, con quien vino por fin el rompimiento, acelerado por instigaciones de Pozzo di Borgo. Iba á iniciarse uno de los periodos más críticos y movidos en la vida del futuro emperador.

Mientras que Napoleón socavaba en Córcega la influencia de Paoli, cumplía en París la misma tarea el convencional Saliceti, que por haber sido el único representante corso que votó la muerte del rey, era bienquisto en los centros oficiales y en los clubes, y así no se desoían sus acusaciones contra Paoli.

Por otra parte, el 1.º de Febrero de 1793 la Convención declaró la guerra á Inglaterra, que no cejaba en sus maquinaciones contra la

república. Quedaba así comprometido Paoli, pues los ingleses le habían asilado, guardaba grata memoria de su estancia en Londres, y tenía manifiesto propósito de anexar la isla á aquella grande y libre nación que de atenciones le colmara. Saliceti se apresuró á recordar los sentimientos que Paoli nunca había disimulado y pronto tuvo el gobierno la certeza de que conspiraba contra Francia. Los informes recibidos de Córcega, los que daban los comisarios del Mediodía, enterados de cuanto pasaba en la isla, las pruebas aducidas por el mismo Saliceti y las cartas de los confidentes, disipaban toda duda acerca del sentir de Paoli respecto de Francia. Pero conocida su grandísima influencia en toda la isla, resolvió el gobierno llamarle amistosamente al continente, pues la destitución ó encarcelamiento hubieran sublevado la isla en masa. Pache, ministro de la Guerra, puso á Paoli bajo las inmediatas órdenes del comandante de la 23.ª división, general Biron, y éste, que había recibido previas instrucciones del ministro, le ordenó que, por necesidades del servicio, se incorporase al ejército de Italia. De este modo alejaban el peligro que para la influencia francesa suponía la estancia del caudillo en la isla.

Paoli se guardó muy bien de obedecer las órdenes de su jefe, excusándose al efecto con la edad y achaques propios. Saliceti esperaba impaciente la respuesta de Paoli, sospechando que fuera negativa, y el 28 de Enero, cerciorado ya de ella, subió á la tribuna de la Convención para exponer el nulo estado defensivo de Córcega, á pesar de la importancia estratégica que le daba su proximidad á las costas meridionales de Francia. Dijo que los habitantes de la isla eran franceses tanto por afecto como por interés, pero que era preciso prevenirse contra los manejos de ciertos intrigantes, apoyados por los clérigos y demás enemigos de la revolución. Saliceti no nombró á Paoli, pues quería proceder cautelosamente. Aquel día obtuvo la expulsión de Córcega de todos los clérigos no jurados, que eran muy amigos de Paoli, cuya influencia recibió con ello la primera sacudida.

Para darle la última, propuso Saliceti que le nombrasen comisario de la Convención en Córcega, junto con Delcher y Lacombe. Así lo acordó la Asamblea, con tanto mayor agrado cuanto que el mismo Paoli había solicitado el envío de una comisión de esta clase, «para probar la falsedad de las acusaciones dirigidas contra él.» Sin

embargo, no presumía que uno de los comisarios hubiera de ser su personal enemigo Saliceti.

Desembarcó la comisión en Bastia, y recibida favorablemente por el vecindario se quedó allí gustosa, no obstante las intimaciones del Consejo general para que fuesen á Corte con objeto de examinar sus poderes. Apenas llegados los comisarios, se pusieron en pugna con el Consejo general. Ordenó éste la prisión del ex diputado Arena, acérrimo enemigo de Paoli, y los comisionados decretaron su libertad. Menudearon los conflictos en lucha de alfilerazos, que movían á uno y otro bando á tomar providencias completamente opuestas para satisfacer su amor propio. Excitados los comisarios por las resistencias que se les oponían, acusaban de instigador á Paoli, en términos á propósito para que la Convención procediese rigurosamente contra él. Aunque Saliceti era enemigo de Paoli, no le deseaba la muerte, sino tan sólo anular su influencia, pues como buen corso, admiraba y respetaba el pasado del gran patriota; y así, pretextando asuntos de familia, marchó á Corte para hablar largo y tendido con Paoli, quien le agradeció la sinceridad, pero sin responder concretamente al ruego que el convencional le hacía de retirarse á la vida privada para gozar del merecido descanso. En resumen, Saliceti creyó posible conseguir que Paoli fuese á Bastia é inducirle á tomar una determinación que desvaneciera todo equívoco. Saliceti esperaba que la retirada de Paoli le dejase el campo libre, y así lo dió á entender á sus colegas, como resultado de la entrevista con el general.

Pero Saliceti se había olvidado de los Bonaparte, que tan enemigos de Paoli como amigos fueran antes del rompimiento, le hostilizaban sin cesar desde Ajaccio. Luciano era el más ardoroso adversario del general, y más confiado que los demás hermanos en sus talentos incipientes y aficionadísimo á la política, aplicábase con fogoso entusiasmo á la defensa de las ideas republicanas en el club de la ciudad, del que se preciaba de ser uno de los más firmes apoyos. A pesar de su mocedad, era íntimo de Semonville, y cuando éste, que residía desde algún tiempo en Córcega, fué nombrado embajador de Francia ante la Sublime Puerta, le acompañó al continente en funciones de secretario, y con este cargo hubiera ido á Constantinopla de no reprobar el Sultán el nombramiento de Semonville.

Luciano defendió á su jefe de las desconsideraciones de Paoli, contra quien emprendió una violenta campaña en el club y por cartas, sin que el general pudiera figurarse que aquel jovencito, de tan poco prestigio en el país, había de asestarle tremendo golpe.

Al llegar á Tolón con Semonville, entra Luciano en el club, pide la palabra y pronuncia un discurso en el que, después de elogiar á su protector, se desata en invectivas contra Paoli, acusándole de ser instrumento de Inglaterra, el caudillo antirrevolucionario de Córcega, el protector de los nobles y de los clérigos no jurados, el que encierra á los buenos patriotas en tenebrosas prisiones. El club aplaudió el discurso, acordando que un diputado por Tolón leyese las conclusiones en la Convención, que, excitada por las adversas noticias de la frontera, votó la comparecencia de Paoli, á pesar de las admoniciones de Andrée, suplicando que se esperase al menos el informe de los comisarios. Bien es verdad que la proposición estaba apoyada por Marat, Cambon y Barrere, lo cual equivalía á su inevitable aprobación.

El joven Luciano saboreó su triunfo al enterarse de que la Convención había decretado la prisión de Paoli y de Pozzo di Borgo, para que comparecieran en los estrados de la Asamblea. Luciano, que conocía á los enemigos de su familia, aludió también en el discurso de Tolón al papel desempeñado por Pozzo di Borgo, quien de esta suerte quedó asimismo comprendido en el decreto; pero á Saliceti no le satisfizo lo ocurrido, porque estaba á punto de lograr que Paoli se retirara á la vida privada. De buena gana hubiera desobedecido Saliceti las órdenes de la Convención, pero como sabía á qué atenerse en este punto, dictó, muy contra su voluntad, las providencias necesarias. A Casabianca se le dió el mando interino de la 23.^a división, en lugar de Paoli, y se ordenó al municipio que procediese á la detención de Paoli y de Pozzo di Borgo, á cual orden ni siquiera respondió.

Al mismo tiempo se iniciaba en toda la isla un levantamiento en pro de Paoli. En la Balagne organizó Panattieri una partida á cuyo frente molestó á los antipaolistas de la comarca. En Cervione se amotinaron los vecinos contra la autoridad de los comisarios, y lo mismo sucedió en Bonifacio, donde Quenza se mantuvo fiel á Paoli. En Ajaccio, el paolista Colonna de Leca se hizo fuerte en la ciudadela, y el mismo Napoleón estaba apesadumbrado por la ligereza de su hermano.